

¿Cómo sobrevivir cuando se ha perdido toda esperanza?

EXCLUSIVA
PRIMER CAPÍTULO

¡CUIDADO!
LECTURA
ADICTIVA

RBA MOLINO



IMPERIO DE LOBOS

KAYLA OLSON

RBA



KAYLA OLSON

Traducción de Ana Isabel Sánchez

RBA

*Para los que heredarán la tierra, especialmente
James, y para Andrew, sin quien este libro no existiría*



NO ECHARÉ DE menos estas mañanas.

No echaré de menos la arena, el mar, el aire salobre. La madera astillada del paseo marítimo entablado, viejo y carcomido, que se me clava en la piel. No echaré de menos el sol, reluciente y cegador, un foco que me ilumina mientras observo y espero. No echaré de menos el silencio.

No, no echaré de menos estas mañanas en absoluto.

Día tras día, me escabullo hasta el paseo marítimo cuando aún reina la oscuridad. Me he esforzado mucho para que parezca que solo soy una chica a la que le encantan los amaneceres, una chica que nunca te devolvería un empujón. Al menos una de las dos cosas es cierta. Los Lobos que vigilan esta playa ya apenas se inmutan cuando me ven, una extraña muestra de indiferencia lograda gracias a mi constancia y mi paciencia.

Dos años de constancia y paciencia, todas y cada una de las mañanas desde que nos arrancaron de las vidas que amábamos y nos metieron en gulags. Me siento donde los vigilantes puedan verme, donde yo pueda verlos, donde pueda verlo todo. Observo el agua, observo las olas. Observo más que el agua, más que las olas. Busco grietas.

No ha habido grietas. La rutina de los vigilantes ha sido siempre sólida, impenetrable, la única razón por la que todavía no me he lanzado. Pero lo haré, sin duda. Soy un ave, decidida a volar a pesar de las alas cortadas y las patas maltrechas. Esta jaula con forma de isla no me retendrá para siempre.

Un día, cuando la guerra termine, volveré a comer helados. Correré descalza por la playa sin miedo a pisar una mina. Entraré en una librería, o en una cafetería, o en cualquiera de los cientos de lugares que ahora están ocupados por los Lobos, y permaneceré allí sentada durante horas solo porque podré hacerlo. Haré todas esas cosas y muchas más. Si sobrevivo.

Siempre estoy lista para escapar, siempre a la espera de huir. Llevo mi pasado dondequiera que quepa: doblado a la espalda, colgado del cuello, bien enterrado en el bolsillo. Un libro amarillo destrozado. Un anillo pesado en una cadena pesada. Un vial de sangre y dientes. Mis manos vacías son mi ventaja: sin nada salvo mi propia piel para clavarme las uñas, sin nadie a quien aferrarme ya, soy libre para reclamar este mundo teñido de guerra. Si todo va según lo planeado, claro.

Puede que no resulte obvio para todo el mundo, pero las cosas están cambiando. Yo veo señales sutiles de ello por todas partes, para mejor y para peor a la vez. Mientras que en este puesto de la playa solía haber solo dos vigilantes, ahora hay cuatro. Mientras que antes los vigilantes caminaban con tran-

quilidad por ciertas zonas de la arena —se han encargado de advertirnos alto y claro dónde están enterradas las minas—, ahora caminan con precaución, en fila de a uno, si es que llegan a abandonar su puesto. Hasta la semana pasada, su puesto estaba equipado con una lancha motora color rojo sangre. Ahora han sustituido sus líneas puras por sencillez, y un velero verde sin florituras ocupa su lugar, destinado a desfavorecer a cualquiera que intente utilizarlo para escapar. Como si alguno de nosotros pudiera llegar hasta tan lejos sin saltar por los aires hecho pedazos.

Este cambio silencioso de rutina me asegura que los rumores son ciertos.

Alguien escapó la semana pasada, dice la gente. Alguien más planea intentarlo. Hoy, mañana, la semana que viene, el mes que viene, he oído de todo. Los rumores no tienen nada que ver conmigo: de lo contrario, jamás me permitirían estar aquí sentada, observándolo todo, como siempre. Esto ha funcionado exactamente tal como yo esperaba: que esté cerca de la playa les lleva a suponer que no estoy tramando nada, nada fuera de lo normal. Cambiar mi rutina resultaría sospechoso.

Ahora solo espero a que los vigilantes me den la espalda, como hacen a veces cuando van a buscar otra taza de café en el interior de su vieja y escueta torre de la playa. Están demasiado tranquilos con el hecho de que yo parezca tranquila. Demasiado seguros de que no me moveré de mi sitio. Mantienen la mirada clavada en el rompeolas, en aquellos que se han interesado de repente en ver salir el sol.

El paseo marítimo ha estado desierto durante casi dos años, pero ahora ya no. Ni tampoco ayer, o el día anterior. ¿Quién sabe si los demás están ideando una huida o si solo albergan la

esperanza de atisbar la de otro? No cabe duda de que esta es la mejor ubicación para cualquiera de las dos cosas, yo lo descubrí durante la primera semana. Desde cualquier otro lugar de esta isla, el agua lleva directamente de vuelta a Texas. Mejor el mar abierto que eso.

Estas caras nuevas que se asoman por encima del rompeolas y desvían la atención de mí... es algo bueno y no lo es. Cualquiera podría intentar escapar a la carrera en cualquier momento. Los Lobos duplicarán sus medidas de seguridad cuando eso ocurra, sin duda, lluvias de balas y bombas por todo el campamento. No puedo estar aquí cuando eso suceda. Tengo que tratar de llegar hasta el barco hoy mismo, esta mañana, ahora, o puede que nunca tenga la oportunidad.

Debo ser la primera.

Llega el amanecer, cien mil matices de luz, tan brillante que el cielo apenas puede contenerlo.

Dos vigilantes entran en el puesto, y el tercero se da la vuelta —es el momento es el momento es el momento—, pero entonces el viento cambia. Comienza con una gaviota, sus alas me advierten mientras vuela en línea recta hacia el océano, como si quisiera irse lejos, muy lejos. Los dos vigilantes que quedan se miran a los ojos. Oigo el estrépito de pasos, no procedentes de la playa, sino del otro lado del rompeolas, a mi espalda, hacia los barracones; vienen de desayunar y del laboratorio de seda que he dejado atrás.

Una explosión distante sacude toda la isla. Dos más se producen poco después, y otras cinco a continuación. Disparos, como una tormenta —tantas balas descargadas que pierdo la

cuenta—, gritos, caos. El estruendo aumenta a cada segundo. El estruendo y su cercanía.

Me quedo inmóvil, con todos y cada uno de los músculos del cuerpo en tensión. He llegado demasiado tarde, una milésima de segundo demasiado tarde: alguien debe de haber intentado escapar por el lado equivocado de la isla.

Parece que no soy la única que quería ser la primera.

Ahora los cuatro vigilantes están fuera del puesto, corriendo en zigzag, muy juntos, sobre la arena, en dirección al ruido, con cuidado de no salir volando en pedazos. No miran hacia mí al pasar.

Debería haberlo intentado en plena noche, no debería haber esperado el momento perfecto: la perfección no existe. Estas bombas y proyectiles son la consecuencia, estoy segura, de las medidas de seguridad exacerbadas. He perdido mi oportunidad.

O puede que no.

El velero verde cabecea perezosamente al final del muelle de los Lobos. Nadie se ha quedado allí para vigilarlo.

Me muevo, a punto de echar a correr hacia él... Pero entonces esa gaviota desgraciada se posa en el punto equivocado de la arena y hace estallar una mina. La explosión atronadora se produce lo bastante cerca para paralizarme de miedo. El humo y las plumas ocultan las huellas de los vigilantes en la arena y eliminan mi única pista respecto a dónde se encuentra el camino seguro. Hasta la semana pasada, cuando plantaron centenas de minas nuevas, podría haberlo recorrido hasta con los ojos cerrados. Ahora no.

La gente comienza a arrojar por el rompeolas, cinco y diez y quince, más a cada segundo que pasa. Si están lo bastante de-

sesperados para correr hacia aquí, directos hacia la arena y las minas, no quiero saber de lo que están huyendo. Gateo hasta el borde del paseo marítimo. Hay una abertura debajo, donde el viento ha apartado la arena de los postes y los tablones. Esperaré y volveré a intentarlo, o moriré. Es una rendija estrecha, del tamaño justo de mi cuerpo, aunque apenas me queda espacio para respirar. De todas maneras, mi respiración es superficial, superficial y rápida. La arena se me pega al sudor pringoso del cuello y las mejillas hasta cubrirme todo el costado derecho. La tengo en todas partes: dentro de la nariz, entre los dientes, bajo los párpados. Pero respiro, pues nunca me había sentido tan viva como en este momento, tan cerca de la muerte.

Ahora el ruido es ineludible, el clamor de los desesperados mientras huyen de la muerte hacia la destrucción. Los pasos retumban sobre el entablado del paseo marítimo y lo sacuden. Si cede, me hará pedazos y quedaré aplastada debajo de él.

La arena se desparrama bajo el primer par de pies valientes, no muy lejos de mí. Lo siguen dos pares más, y otros diez después. Luego veinte.

Las minas rocían el aire de arena y piel. A lo largo y ancho de la playa, las explosiones estallan como fuegos artificiales. Aun así, los pies siguen llegando, serpenteando entre las columnas de humo hasta que —¡pum!— se ven obligados a parar.

No es bonito. Es un desastre nauseabundo, repugnante.

Algo pesado se estampa contra la madera, justo encima de mí. Los tablones crujen, se comban tanto que me presionan los omóplatos. Rápidamente, la presión desaparece, pero entonces hay dedos, largos y bronceados y delicados, aferrándose al

borde del entablado, a cinco centímetros de mi cara. Casi se me escapa un ruido; me muerdo para contenerlo.

Los disparos resuenan, la madera cruje, ensordecedora y cercana. No siento nada, pero ¿una bala quemaría como el fuego o sería un impacto que te insensibilizaría? Los dedos se agarran con más fuerza, los nudillos se vuelven blancos a pesar de las sombras, y entonces se desvanecen. Me muevo, todo lo que puedo en este espacio reducido, y veo tres círculos perfectos de luz solar que atraviesan la madera un poco más allá de mi cabeza.

Restalla otro disparo, y entonces, en un abrir y cerrar de ojos, la oscuridad conquista la luz; se oye un golpe seco encima de mí, aún más fuerte que el anterior, y un brazo flácido queda colgando del borde del entablado. Un brazo flácido vestido con un tejido almidonado, de color canela, que se confundiría con la arena si no fuera por la sangre.

Un oficial. Ha caído un vigilante, y lo encontrarán, y si me quedo donde estoy quedaré cubierta por su sangre, que gotea a través de las grietas.

Podría echar a correr ahora. Podría seguir las huellas de los muertos, pisar solo en los lugares donde la arena ya se haya pisado. Podría llegar hasta el velero, si soy lista. Si soy lista y rápida. Al fin podría, al fin, navegar hasta Santuario.

Salgo a rastras de mi escondite, con cuidado de mantenerme agachada. El enemigo de un oficial es amigo mío, pero eso no quiere decir que esté a salvo, debo seguir siendo lo más precavida posible, y silenciosa. Una ráfaga de aire húmedo y salado me golpea, fresca sobre el sudor pegajoso.

—Espera.

Me quedo inmóvil, aunque resulta obvio que ya me han visto.

—Los vigilantes están haciendo rondas —dice la voz, suave, urgente—. No están cerca, pero me verán si sales corriendo.

Vuelvo la cabeza, solo un poco, lo justo para mirarla. Es menuda, asiática, no la reconozco. Con los dedos largos, bronceados, saquea los bolsillos del oficial caído. ¿De verdad había sido capaz de matarlo esa chica, David contra Goliat?

—Toma —dice, y me lanza un cordel atestado de llaves.

Muy inteligente, un intento de repartir la culpa si alguien nos ve, ¿por qué otro motivo iba a entregarme esta libertad si no? Aunque no pienso quejarme: no pretendo seguir aquí cuando se busquen culpables. La chica se mete las placas identificativas del vigilante en los bolsillos y su arma en la parte trasera de los pantalones cortos.

—Voy contigo.

La pistola me pone nerviosa, pero al menos no me está apuntando.

—Ni siquiera sabes adónde voy.

Inclina la cabeza hacia la playa, hacia el repulsivo despliegue de sangre y huesos que tenemos delante.

—Sé que no vas a quedarte aquí —asegura—. Es lo único que necesito saber.

—¿Está ya despejado?

Todavía acuclillada en la parte baja del paseo, lo único que alcanzo a ver es a la chica y al oficial, a sus pies. Toda esta sangre me revuelve el estómago, pero mantengo el tipo. Tengo que hacerlo.

—Lo bastante despejado para que partamos con ventaja. Ahora la gente está evitando esta playa... —Desvía la mirada hacia el caos de muerte que hay en la arena. La marea no está lo bastante alta para arrastrar consigo ni una parte de la san-

gre, y ninguna de las dos es capaz de soportar la vista durante más de unos segundos—. Es solo cuestión de tiempo que los maten a todos. Los vigilantes no continuarán distraídos mucho más tiempo.

—De acuerdo —digo—. De acuerdo. Podemos hacerlo.

—Tenemos que hacerlo. ¿Hay otra alternativa?

Tiene razón. Y tampoco es que me quede alguien a por quien regresar, ya no. Respiro hondo.

—Síguem...

—Mierda, están en el rompeolas... nos ven. ¡Nos ven! ¡Vamos!

Me levanto de un salto y echo a correr. El humo se ha disipado, no del todo, pero lo suficiente. No miro atrás para ver si la chica sigue allí. No miro a lo que queda de toda la gente con la que podría haber desayunado algo más tarde esta misma mañana. Solo miro hacia delante, a la arena arrasada, culebreando a izquierda y derecha como hicieron los oficiales en cuanto notaron el cambio en el viento.

Las balas horadan la arena, los cuerpos ya muertos, la estela de personas que se arrastran detrás de nosotras. Tantas balas y solo —me arriesgo a echar un vistazo— dos vigilantes. Esquivo sus disparos, continúo corriendo hasta que la arena se extiende lisa ante mí, sin pisadas previas. Me detengo en seco, sin estar segura exactamente de cómo proceder, y la chica del paseo marítimo choca contra mí. Apenas consigo mantener el equilibrio, no dar un paso errado que podría acabar con todo.

Pero de los que se han sumado a nosotras solo paran dos. Los demás siguen adelante, con la vista clavada en el velero. Entre sus pasos y la lluvia de balas que los persigue, la arena se rompe —y ellos mueren— en cuestión de segundos.

Cojo aire con dificultad, trago arena y humo, pero me obligo a seguir adelante. La chica del paseo marítimo me sigue, junto con las otras dos chicas que se detuvieron a nuestro lado. Recuerdo haber visto los rostros de ambas en el rompeolas, asomándose, hoy, ayer y anteayer.

Yo encabezo la marcha, lo más rápido que puedo. La embarcación de los vigilantes ya no está lejos. Si perseveramos, puede que al final lo logremos. Resuenan más disparos, pero esta vez es la chica del paseo quien los efectúa, apuntando al oficial que suele vigilar el velero —bala y sangre, el hombre se desploma antes de poder volver al muelle— y luego a los otros oficiales que nos persiguen, con las pistolas descargadas. Esta chica es una tiradora impresionante, inquietantemente buena. Continúa presionando el gatillo mucho después de haberse quedado sin balas.

Ya nadie nos dispara.

Nadie nos sigue, nadie en absoluto.

Pero yo no dejo de correr. No puedo hacerlo. Ya hemos dejado atrás el campo de minas, nos dirigimos a la zona de los vigilantes —donde estarían si no estuvieran muertos o cazando— y recorremos el muelle interminable al que está amarrado su barco.

Trepo por la borda del velero y me dejo caer sobre la cubierta el tiempo justo para recuperar el aliento. Apenas soy consciente de que las otras tres chicas se unen a mí, una de ellas una rubia que se afana por desatar la cuerda anudada, nuestro único lazo con el muelle. El cielo empieza a bambolearse cuando la corriente nos arrastra hacia mar abierto. Respirar duele, pensar duele. Todo duele.

Merece la pena.